

NEW LEFT REVIEW 91

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2015

ARTÍCULOS

WANG CHAOHUA	¿La historia de éxito del pcch?	7
FRANCO MORETTI	Lukács y la novela	43

ENTREVISTA

EVGENY MOROZOV	¡Socializar los centros de datos!	47
----------------	-----------------------------------	----

ARTÍCULOS

GOPAL BALAKRISHNAN	Marx, el abolicionista II	71
MAURICIO VELÁSQUEZ	La batalla de Bogotá	106

CRÍTICA

ANDERS STEPHANSON	Caleidoscopios del poder	129
BARRY SCHWABSKY	La pesadilla de Goethe	145
JEFFERY R. WEBER	La aurora rebelde	153

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Julio Ferrer, *Oswaldo Bayer íntimo: Conversaciones con el eterno libertario*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2012, 333 pp.

JEFFERY R. WEBBER

REBELDE AMANECER

Como historiador, periodista y cineasta, Oswaldo Bayer se considera a sí mismo un «cronista con opiniones». Esta perspectiva estaba decididamente fuera de moda cuando regresó en 1983, a la edad de 56 años, a una Argentina que estrenaba democracia, después de años de exilio forzoso en Alemania. A pesar de tener en su haber varios libros reconocidos nacionalmente y muchos años de experiencia como periodista (entre la década de 1950 y principios de la de 1970), fue despreciado por los principales periódicos. Mientras tanto, la disciplina de la historia, tal como se practicaba en su país de nacimiento, había sido igualmente desprovista de cualquier connotación de compromiso político progresista. Si una vez había sido un espacio abierto a militantes, ahora un estudiado aire de neutralidad académica lo impregnaba todo. Sin empleo durante un tiempo, Bayer encontró finalmente un nuevo hogar en *Página/12*, el periódico disidente de izquierdas fundado en 1987 por el amigo más importante en su vida, Oswaldo Soriano, escritor y periodista que también había huido a Alemania durante los años de la guerra sucia argentina (1976-1983), en la que una virulenta dictadura anticomunista dirigida por una junta militar fue responsable de la muerte y desaparición de aproximadamente 30.000 sindicalistas y activistas de derechos humanos, militantes de izquierda y otros tantos civiles desafortunados. Con una plataforma estable durante el siguiente cuarto de siglo en *Página/12*, Bayer recuperó su sitio entre los más importantes intelectuales públicos argentinos del siglo XX.

Una forma de empezar a entender su trayectoria como periodista crítico e historiador es ponerla junto a la de sus contemporáneos latinoamericanos.

Nacido en la provincia argentina de Santa Fe el 18 de febrero de 1927, Bayer comparte año de nacimiento con Gabriel García Márquez y Rodolfo Walsh. A diferencia de Bayer, que de niño siguió con su padre las complejidades de la Guerra Civil española a través de los diarios argentinos de izquierda, García Márquez llegó relativamente tarde a la política, y era por instinto antes que nada novelista. Lo más cercano que hay en la obra de García Márquez a las coordenadas del periodismo de Bayer podría ser *Noticia de un secuestro*, una exploración forense del intento desesperado de Pablo Escobar por evitar su extradición a Estados Unidos mediante la toma de rehenes. Pero incluso en este caso el contexto político está en un segundo plano si lo comparamos con la dimensión que adquiere en los trabajos de Bayer. Con todo, en plena Guerra Fría había ciertos paralelismos innegables en los instintos políticos de los dos hombres. Es famosa la íntima amistad que unió a García Márquez con Fidel Castro, así como el apoyo que el primero brindó, desde su prestigio como escritor, a la defensa de la Revolución Cubana. También Bayer compartió desde muy temprano la admiración por los logros sociales de la revolución y apreció en el Che Guevara un compromiso romántico, si bien mal concebido, con la emancipación humana.

En esta colección de entrevistas que constituye *Oswaldo Bayer íntimo*, la obra de Rodolfo Walsh se presenta en repetidas ocasiones como un modelo de integridad periodística. «Qué estilo, qué profundidad, qué forma de investigar», dice Bayer. Walsh fue «sin duda, el mejor de todos ellos». Su influyente *Operación masacre* (1957) ofrece una investigación crítica de la ejecución extrajudicial de Estado de los partidarios de Perón después de un fallido intento por restablecer a su líder en 1956. Después de establecerse en la Cuba revolucionaria en 1960, Walsh fundó, junto con Jorge Maretti, la agencia de prensa latinoamericana de izquierdas Prensa Latina. A principios de la década de 1970 regresó a Argentina y se unió a la lucha armada urbana, convirtiéndose en una figura destacada entre los Montoneros, movimiento guerrillero de la izquierda peronista. Habiendo perdido ya a su hija a manos del régimen militar, Walsh fue asesinado por las fuerzas especiales en 1977. Antes había escrito, en ese mismo año, su célebre *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. La *Carta abierta* de Walsh es, para Bayer, «el documento más brillante que se ha escrito sobre la dictadura. Dentro de ella está todo su talento, su profundidad, su coraje, su valentía cívica». Ella sola contiene toda la «verdad, el dolor y la indignación» de aquella época; Walsh será por siempre el «Borges de la izquierda».

Los escritos de Eduardo Galeano, catorce años más joven que Bayer, ofrecen un eco más cercano al estilo literario de este, a su recorrido histórico y a su inclinación política que nada de lo que pueda haber en la obra de García Márquez o Walsh, si bien no hay en *Oswaldo Bayer íntimo* mención alguna a Galeano, ni siquiera de pasada. Al igual que Bayer, Galeano se vio obligado a exiliarse en Europa cuando su Uruguay natal, junto con Argentina, cayó en manos de un régimen autoritario en los días oscuros de la década de 1970.

Las venas abiertas de América Latina (1971) y su trilogía *Memoria del fuego* (1986) buscan restaurar en la memoria colectiva las luchas políticas de los olvidados y de los marginados, así como explicar sus tácticas y estrategias en pos de la liberación ante la violencia militar y económica que cayó sobre ellos desde arriba. Más allá de los márgenes estrechos del reportaje político y de las historias contadas desde abajo, las coincidencias en las predilecciones de los dos autores son también evidentes. Entre ellas no es la menos importante, quizá, la devoción de toda la vida que ambos hombres profesaron por el fútbol, y que encontró su expresión literaria en la historia internacional del deporte que escribió Galeano, *El fútbol a sol y sombra* (2006), y *Fútbol argentino*, de Bayer (1990). García Márquez, Walsh, Galeano y Bayer son partes constitutivas de una más amplia cultura política y literaria del siglo xx en América Latina, que ha producido recurrentemente tales figuras. En dicha cultura latinoamericana Jean Franco ve confluír durante la Guerra Fría dos universales: el de la *avant-garde* y el de la vanguardia política.

Los orígenes de la formación intelectual y política de Bayer se pueden ubicar en el barrio bonaerense de Belgrano, predominantemente alemán y de clase media, donde se crió y donde de nuevo ha vivido (en la misma casa familiar, rehabilitada) a su regreso del exilio. Su propia familia provenía del Tirol austriaco, y cambió su nombre de Payr a Bayer («como la aspirina») a su llegada a Argentina. En un punto nos cuenta con humor que a principios de la década de 1940 el barrio estaba poblado por nazis en un 80 por 100, en un 15 por 100 por socialdemócratas, en un 4 por 100 por católicos de Baviera y el resto por locos. Él perteneció, junto a su padre, a este último sector. Su padre era una especie de socialista libertario y al parecer sin afiliación, y a él le atribuye Bayer repetidamente su primera introducción a las ideas de libertad revolucionaria. Su madre, una devota católica, era mucho más conservadora, y su recuerdo no está muy presente en estos escritos.

Era su padre quien traía a casa el diario *Crítica*, que cubría la Guerra Civil española desde un ángulo simpatizante con el bando republicano. La medida en que esta experiencia de la guerra vista desde la distancia tuvo un impacto en Bayer queda bien reflejada en la recurrencia cíclica con que alude al general Franco, al que indefectiblemente se refiere como el «fusilador de poetas». Richard Turath, cuya casa la familia visitaba regularmente, era uno de los locos del barrio. En Múnich, durante la abortada revolución alemana de 1918-1919, Turath había participado como anarquista en el efímero Consejo de Obreros y Soldados. La derrota de la revolución le obligó a huir a Argentina. «Sus historias siguen resonando en mi mente», le confiesa Bayer a Julio Ferrer, su entrevistador. «Él me hizo darme cuenta de la nobleza de aquellos luchadores». Si fue ya en la infancia un lector voraz, Bayer continuó ese camino literario a través de las grandes novelas rusas, sobre todo las de Dostoyevski y Tolstoi. El resto del tiempo lo pasaba en la calle jugando al fútbol.

La formación universitaria oficial de Bayer incluye un año de estudios de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, al cabo del cual viró hacia la filosofía. Pero para entonces el peronismo ya se había apoderado de las instituciones del país, y el departamento de filosofía de la universidad estaba dirigido por el ala derecha del movimiento. Corría el año 1951 cuando Bayer, a quien los preceptivos estudios de santo Tomás de Aquino le sabían a poco –hambriento como estaba de Kant, Hegel y Marx–, decidió trasladarse a Alemania para estudiar. En la República Federal de posguerra, sobreviviendo con poco más que un par de tortitas al día, Bayer se unió a la Liga de Estudiantes Socialistas. Este entorno, con sus importantes tendencias libertarias, introdujo a Bayer en los escritos de Bakunin y Kropotkin. Fue también aquí donde hizo sus primeras incursiones en el periodismo, escribiendo crítica de cine para el diario alemán *Die Welt*, así como comentarios periódicos sobre la coyuntura alemana para la revista argentina *Continente*. En ese mismo periodo Bayer conoció a la que iba a ser su compañera, Marlies Joos, nacida en Buenos Aires de padres alemanes. Juntos tuvieron cuatro hijos: Udo, arquitecto; Christian, ingeniero naval; Stefan, periodista; y Ana, en un primer momento bailarina y más tarde pintora y actriz de teatro infantil.

El año 1956 marcó el primero de los muchos regresos de Bayer a Argentina. Aquel año hizo un breve intento de unirse al Partido Socialista, pero las disputas internas eran por entonces tan feroces que se le negó la entrada. Como alternativa, comenzó a asistir con alguna frecuencia a conferencias en la sede de la Federación Libertaria Argentina (FLA), en la calle Humberto Primo. Aparte de la mencionada desorganización interna del Partido Socialista, la identificación de Bayer con el socialismo libertario organizado en el movimiento estudiantil de la Alemania de posguerra es la explicación más probable de su continuada adhesión al anarquismo una vez de vuelta en Argentina a finales de la década de 1950, décadas después del apogeo de este movimiento. Para entonces el peronismo era la corriente dominante en el movimiento obrero, y tanto la ortodoxia del Partido Comunista de Argentina como más tarde el insurreccionalismo guevarista eran, por diversos motivos, poco atractivos para Bayer. Por otra parte, el terreno fragmentado que representaba el trotskismo argentino, la otra opción disponible en la izquierda revolucionaria en ese momento, no recibe ni siquiera un comentario de pasada en *Oswaldo Bayer íntimo*.

Hacia finales de la década de 1950 Bayer se había dado cuenta de que su verdadera vocación era la historia, no obstante lo cual decidió pasar primero unos años en el periodismo, moldeando a través de la experiencia un estilo claro y una prosa pedagógica. Su primer trabajo fue como reportero de sucesos de *Noticias Gráficas*, después de lo cual se le asignó a la sección de noticias laborales del mismo periódico. Dos años más tarde, atraído por la posibilidad de escapar de la capital y aprender más sobre la Patagonia, Bayer aceptó un trabajo como editor de *Esquel*, uno de los muchos periódicos propiedad del terrateniente local

Luis Feldman Josín, en la provincia de Chubut. Con una energía inagotable, al mismo tiempo Bayer fundó en 1958 el periódico militante *La Chispa*, cuyo lema era: «Contra el latifundio, contra la injusticia y contra el hambre» («contra todo», bromea con Ferrer). En su trabajo remunerado en *Esquel* Bayer tropezó rápidamente con Josín, que no estaba contento con la inclinación social de la sección de opinión bajo la dirección de Bayer, en particular con la defensa de causas indígenas, un tema que, informó a Bayer, había que evitar a toda costa. Las patrullas de la policía urbana de Esquel estaban haciendo también todo lo posible para echar a Bayer de la ciudad. Este, por temperamento, quería quedarse y desafiar a Josín y a los funcionarios del Estado, pero desistió por el peso de la responsabilidad familiar. Con cuatro hijos, necesitaba un trabajo estable, y regresó a Buenos Aires. Un excolega de *Noticias Gráficas* le ofreció de inmediato un trabajo en *Clarín*. Bayer comenzó ese mismo día, y en ese periódico trabajaría durante los siguientes quince años. Entretanto, los planes de convertirse en historiador profesional se desvanecieron.

Osvaldo Bayer íntimo abunda en recuerdos entrañables del mundo del periodismo, que se describe como una escuela literaria de las calles y los cafés. Era un ambiente poblado de poetas, novelistas y cronistas de viajes, la mayoría de los cuales eran izquierdistas disidentes. Calurosamente recuerda el estruendo de la sala de redacción, los golpes de máquina de escribir y el sonar de los teléfonos que se colgaban y descolgaban. Periodistas de más edad, formados en el lápiz y el papel, se quejaban de que así no podían pensar. Aquellos años consolidaron en Bayer la ética básica del reportaje. «Mi línea viene determinada por mi convicción», le dice a Ferrer, «que siempre ha sido escribir en defensa de los oprimidos, de los humildes», sobre «acontecimientos históricos que la historia oficial no recuerda». Trabajando entre doce y catorce horas al día, Bayer compuso la mayor parte de las páginas del periódico anarquista *La Protesta* mientras trabajaba en *Clarín*. Como periodista Bayer se familiarizó también con la Revolución Cubana. Se había convertido en secretario general del sindicato de prensa, lo que le llevó a liderar la primera huelga en la historia de *Clarín*, en protesta por el despido de tres compañeros reporteros. En calidad de prominente representante sindical, Bayer fue invitado por el Estado cubano a unirse a una delegación de trabajadores que visitaron la isla en 1960, con ocasión de las celebraciones del primer aniversario de la revolución. Así describe la reunión de la delegación con el Che: «Tuvo lugar el 8 de enero de 1960. El Che, cuando nos recibió, comenzó inmediatamente a decirnos cómo tendría que hacerse la revolución en Argentina». Después de un largo discurso, el Che preguntó a los reunidos si querían hacer algún comentario. Silencio. Muy azorado, Bayer acertó con esfuerzo a formular una pregunta.

Esto es lo que él recuerda de aquel diálogo: «Compañero Che, es muy interesante, hasta poético lo que usted nos ha relatado, pero la represión en Argentina es más dura que la del dictador Batista en Cuba». Y se preguntó si

una vez que el Estado argentino se enterara de la presencia de un pequeño ejército guerrillero, ¿no procedería simplemente a aplastarlo, junto con los movimientos populares que asomaran la cabeza, empleando sin miramientos toda su capacidad de represión? El Che fijó en Bayer una larga e intensa mirada. Cuando por fin respondió, fue solo para espantar las objeciones de Bayer. Los demás argentinos en la sala asintieron de acuerdo. «Evidentemente», le dice secamente Bayer a Ferrer, «para hacer la revolución uno tiene que creer en la revolución y no hacer demasiadas preguntas». Posteriormente Bayer reflexiona que el fracaso de la campaña boliviana del Che, que terminó con su muerte en 1967, parece haber demostrado su tesis, aunque sería «una baja por mi parte [decir que] yo tenía razón». Bayer insiste en que él nunca querría sugerir que «ganó» el debate con el Che. «¡No! De ninguna de las maneras. El Che había hecho una revolución, y tenía fe en sus propios métodos para liberar América Latina». Cualesquiera que fueran las divergencias estratégicas entre el foquismo del Che y su propio anarquismo, Bayer reconoció que el Che había «muerto y dado su vida por sus ideales revolucionarios»; fue un hombre que «murió en la lucha, en combate».

Fácilmente derrotadas fueron también las principales insurgencias argentinas de la década de 1960 y principios de la de 1970: la guerrilla rural del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) —el brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)— y la formación urbana de los Montoneros. Para Bayer, un camino quizá más fructífero para la táctica revolucionaria en Argentina lo representaban los momentos fervientes de militancia obrera de base que jalonaron el periodo: el más importante de los cuales fue, por supuesto, el *Cordobazo*, la insurrección civil de mayo 1969 contra la dictadura del general Juan Carlos Onganía. «Yo argumentaba», le dice Bayer a Ferrer, «que teníamos que seguir la línea de Agustín Tosco» (Tosco fue el sindicalista más prominente asociado con el levantamiento de Córdoba). Para Bayer, el *Cordobazo* fue «un ejemplo que demuestra que, cuando quieren, las personas pueden movilizarse; porque la única manera de ganar algo, de lograr cualquier cosa, está en salir a la calle». Los protagonistas de la insurrección eran «héroes del pueblo».

Es paradójico, por lo tanto, que el primer libro de Bayer, publicado en 1970, *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, se convirtiera en algo así como una lectura obligatoria en las filas del PRT-ERP. La cuestión de la legitimidad o no de la violencia política así como los orígenes y la naturaleza de este tipo de violencia (desde abajo y desde arriba) son temas recurrentes en la producción histórica de Bayer. En aquellos momentos de su vida, en que la cuestión de la violencia desde abajo adquirió una importancia crítica para la izquierda revolucionaria, Bayer advirtió constantemente contra cualquier aventurerismo fácil. Más ambigüedad hay en el carácter de su investigación histórica. En *Severino di Giovanni*, así como en una colección de ensayos publicados en 1975, *Los anarquistas expropiadores*, se da

una compleja tensión entre la simultánea identificación del autor con los combatientes y los exponentes de la violencia política practicada desde abajo por individuos y pequeños grupos y su distancia con respecto a los mismos. Di Giovanni fue ejecutado en 1931 por agentes de la dictadura de José Félix Uriburu. La memoria del anarquista fue ampliamente repudiada y su moralidad, cuestionada. El objetivo heurístico de Bayer era el estudio de una sociedad a través de la tragedia de un individuo. Su intención era demostrar que la violencia política no surge instintiva o espontáneamente del interior de las personas, sino que es más bien una reacción a las agresiones anteriores que sufrieron desde arriba. Su estrategia narrativa consistía en rastrear las acciones de su protagonista en tanto que respuestas desesperadas a la violencia endémica del orden establecido, tal y como el historiador izquierdista argentino Omar Acha sostiene en su perspicaz libro de 2009, *Historia crítica de la historiografía argentina: 1. Las izquierdas en el siglo XX*.

No fue solo la historiografía ortodoxa la que reprodujo ese imaginario de di Giovanni sancionado por el Estado. De la demonización sesgada de di Giovanni en buena parte del imaginario popular fueron también responsables los oponentes de di Giovanni dentro del anarquismo. Diversos líderes anarquistas argentinos de las décadas de 1920 y 1930, como Diego Abad de Santillán, condenaron las acciones individualistas de di Giovanni contra el poder organizado, tachándolas de impotentes y mal concebidas. Mencionaban la represión policial indiscriminada que las operaciones de di Giovanni invariablemente propiciaban sobre la totalidad del movimiento. En este sentido, explica Bayer en *Oswaldo Bayer íntimo*, a los críticos contemporáneos de di Giovanni no les faltaba razón, pero la perdían cuando llevaban su crítica demasiado lejos, como cuando, en un ensayo de Abad, di Giovanni era calificado de «agente del fascismo» sin aportar ninguna prueba al respecto. El principal enigma de Severino di Giovanni, Bayer nos recuerda, es cómo un hombre honesto y sincero, que vivía humildemente en la pobreza permanente, dedicado a luchar por los demás y capaz de rendir una devoción incondicional a su amante, América Scarfó, se perdió a sí mismo en la violencia. Bayer le explica a Ferrer que sus motivaciones para escribir el libro se derivaron en parte de los acontecimientos políticos a finales de la década de 1960: «Los jóvenes estaban usando los mismos métodos que Severino. Pero no era este aspecto de él, la violencia, el que debían tomar como ejemplo». Cuando a Bayer le recuerdan que *Severino di Giovanni* se convirtió en lectura casi obligatoria en los centros del PRT-ERP, él responde: «Yo no lo escribí para eso. Todo lo contrario: ¡cuidado! ¡Mucho cuidado con la violencia!».

Si *Severino di Giovanni* tuvo un impacto político inmediato dentro de la extrema izquierda argentina, la investigación histórica más rigurosa y sostenida de Bayer es, sin lugar a dudas, los cuatro tomos épicos de *Los vengadores de la Patagonia trágica*, que indagan en las violentas fronteras geográficas de la modernidad capitalista latinoamericana para desenterrar sus ciclos de

lucha subalterna y la violencia de la clase dominante. Si en *Cien años de soledad* la ciudad ficticia de Macondo, en la costa caribeña de Colombia, es el escenario de una huelga bananera y de la masacre resultante de trabajadores a finales de la década de 1920, el paisaje de *Los vengadores* es el de la región de Santa Cruz, en el profundo sur argentino. Los dos primeros volúmenes, *Los bandoleros* y *La masacre*, se publicaron en Argentina en 1972, mientras que el tercer volumen, *Humillados y ofendidos*, apareció en 1974. El golpe de Estado impidió la publicación en Argentina del cuarto volumen, *El vindicador*, que no aparecería hasta 1977 y solo en Alemania.

A lo largo de esta tetralogía, Bayer sigue el rastro de una serie de huelgas de masas de los trabajadores rurales en 1920-1921, liderados por el anarquista español Antonio Soto. Los trabajadores se enfrentaron a una oligarquía terrateniente cuyo poder político encontraba expresión inmediata en la gobernación local de Santa Cruz, para extenderse hacia arriba hasta llegar a Hipólito Yrigoyen, dirigente de la Unión Cívica Radical y a la sazón presidente de Argentina. En las décadas anteriores, la migración a gran escala desde el sur de Europa y los tumultuosos periodos de expansión capitalista –intercalados con crisis agudas y recesiones sostenidas– habían establecido los contornos generales para la formación de la clase obrera urbana de Argentina. Las movilizaciones de la militancia obrera desde finales de la década de 1880 hasta finales de la de 1890 ya habían anunciado a la elite del país el creciente poder político de las corrientes revolucionarias socialistas y anarquistas, tanto en los lugares de trabajo como en los hacinados edificios de viviendas de la capital. Huelgas generales sacudieron Buenos Aires en 1902, 1905 y 1909, mientras los anarquistas disfrutaban de su primer periodo de hegemonía política en el movimiento obrero. Después de un descenso de la actividad huelguística entre 1914 y 1917 y del doble ascenso a la prominencia del sindicalismo apolítico en el movimiento obrero, por un lado, y del reformismo parlamentario en los círculos del socialismo organizado, por el otro, a finales de 1918 se produjeron nuevas aunque finalmente efímeras explosiones de carácter cuasi insurreccional. Los obreros metalúrgicos de los suburbios de Buenos Aires fueron a la huelga en diciembre y se enfrentaron a la policía en las calles, con el resultado de varias muertes. Las federaciones laborales anarquistas y sindicalistas convocaron una huelga general y amplias capas de la población activa protagonizaron motines en las calles. «En la semana que siguió», escribe el sociólogo argentino Ronaldo Munck, «una huelga general semiinsurreccional paralizó la ciudad de Buenos Aires, y el Estado, con la ayuda de elementos armados de la clase media, desató el terror en los barrios de trabajadores, dejando a su paso 700 muertos y 4.000 heridos».

La *Semana Trágica* encontró su reverberación rural en el recrudecimiento de la situación en la Patagonia, con tanto esfuerzo documentada por Bayer. La rebelión de las zonas rurales del interior en la década de 1920 fue la primera señal de advertencia de los impulsos revolucionarios en el campo, en paralelo con los que acababan de ser aplastados en la capital. Yrigoyen y sus fuerzas de seguridad locales respondieron ferozmente, disparando

aproximadamente sobre 1.500 trabajadores insurgentes, según la estimación de Bayer. Los padres del historiador habían estado en la Patagonia en la década de 1920 y fueron testigos directos de la represión de las huelgas, recuerdos y conocimientos que le transmitieron a Bayer. Habían vivido a dos manzanas o cuadras de una prisión, y cada noche oían los gritos de los militantes allí capturados y torturados. El padre de Bayer, en particular, relató a su hijo el horror desnudo de aquel periodo, mientras que los recuerdos de su madre estaban más cerca de la versión oficial de los hechos.

Bayer también tuvo ocasión de entrevistar personalmente a un buen número de supervivientes que participaron en la revuelta, y sus documentos orales constituyen elementos cruciales del arco narrativo a lo largo de los cuatro volúmenes. Algo quizá más sorprendente es que Bayer convenciera a personajes involucrados en el terror militar de la época para que hablaran con él y compartieran sus versiones. Una ágil triangulación de testimonios de testigos, recuerdos de participantes e indagaciones documentales a través de periódicos y de la historiografía existente, acaba logrando una representación magistral del cambiante equilibrio de fuerzas en el sur argentino de la época.

Bayer reúne una notable sucesión de retratos personales ricamente detallados de las figuras clave a ambos lados de la división de clases en la Patagonia, y los sitúa en un paisaje narrativo que da cuenta, más en general, de las tendencias económicas, los movimientos sociopolíticos, las organizaciones y las instituciones. Las complejas configuraciones del poder regional y nacional se muestran aquí para estructurar los límites dentro de los cuales el movimiento obrero se vio obligado a luchar por los derechos elementales de los trabajadores. En la cúspide de la estructura rural de clases estaban los clanes relacionados familiarmente formados por Mauricio Braun, de origen ruso-judío, el español José Menéndez y José Nogueira, de origen portugués. La dinastía Braun, por ejemplo, poseía cerca de 1,4 millones de hectáreas de tierra en 1920, junto con empresas en los sectores del transporte marítimo, la minería, la banca, los seguros, la importación y la exportación, la telefonía y la electricidad. En última instancia, sin embargo, en las primeras décadas del siglo XX la base del poder económico en la Patagonia argentina era la tierra y la cría de ovejas para alimentar la demanda de lana en el noroeste de Europa. Ligeramente por debajo de las familias Braun, Menéndez y Nogueira existía una capa de grandes terratenientes, que controlaban el resto de la provincia de Santa Cruz. Es de destacar, en este sentido, que los nombres que constan en el registro de la propiedad agraria de la década de 1920 son principalmente británicos y alemanes, con un menor número de explotaciones controladas por oligarcas franceses, españoles, chilenos y uruguayos.

El retrato que hace Bayer de las clases propietarias deja en evidencia la historia oficial y la historiografía conservadora de Argentina sobre los acontecimientos de 1920-1922, que defiende sin complejos la represión en tanto que defensa del patrimonio nacional contra una conspiración internacional de revolucionarios anarquistas y comunistas extranjeros. Si bien es cierto que muchos

de los esquiladores, trabajadores rurales y estibadores portuarios constituían un grupo variopinto compuesto por chilenos, inmigrantes del sur de Europa y muchas otras nacionalidades, lo que Bayer demuestra es que la Patagonia ya había sido internacionalizada desde arriba, tanto a través del control de la tierra por parte del capital extranjero como por medio de la extracción de la mayor parte de sus riquezas para la metrópoli británica del sistema capitalista mundial.

A partir de 1919, al término de la Primera Guerra Mundial, el precio internacional de la lana empezó a caer en picado y toda la Patagonia entró en una crisis económica. El destino de la región llevaba tiempo unido a la fluctuación de ese único producto en el mercado mundial. Mientras la lana se mantuvo cara, reinó una prosperidad concentrada, pero con la caída de su precio vinieron el desempleo, la miseria, la represión, los bajos salarios, la crisis, la quiebra de los productores más pequeños y el temor por parte de la elite terrateniente. A medida que la militancia de los trabajadores crecía en la capital y en las provincias del norte (Santa Fe, Córdoba, Chaco y Entre Ríos), la elite de la Patagonia se sentía cada vez más incómoda. Comenzaron a patrocinar unidades paramilitares de «autodefensa» para aterrorizar a los activistas sindicales y a militantes de izquierda de todo el país. Unidades parapoliciales dispersas fueron agrupadas bajo una organización paraguas, la Liga Patriótica de Argentina, que a su vez tenía vínculos con la burocracia estatal a todos los niveles, así como con las fuerzas armadas y la policía. En Santa Cruz los intereses del capital urbano se expresaban a través de la Sociedad de Comercio e Industria, mientras que en el campo funcionaba la Sociedad Rural de Santa Cruz. Las elites rurales y urbanas se solapaban y ambas estaban encarnadas en la figura del gobernador conservador Edelmiro Correa Falcón.

En la década de 1910 los estamentos más bajos de Santa Cruz articulaban sus quejas a través de la Sociedad de Trabajadores de Río Gallegos, afiliada a la Federación Regional de Trabajadores de Argentina, de tendencia anarquista. Los acontecimientos explosivos de 1921 y 1922 fueron precedidos por una serie de agitaciones obreras bastante más subterráneas en la región. Un destello inicial de la movilización fue la huelga que estalló en una finca de propiedad británica en Santa Cruz en noviembre de 1914, en la que los trabajadores exigieron que se les proporcionara comida como parte de su salario en lugar de tener que comprársela a sus empleadores a precios desorbitados. A esta huelga le siguió otra en 1915, esta vez en la Compañía Frigorífica y de Conservación Cárnica de Nueva Patagonia. En ambos casos la represión policial derrotó a los huelguistas y llevó a la detención de sus líderes. Sin embargo, las acciones locales sucesivas, aun cuando fueran temporalmente derrotadas, comenzaron a crear una dinámica regional. El 20 de abril de 1917 hubo un conato de huelga general en la ciudad de Río Gallegos, seguido de otro intento en Puerto Deseado en 1918. Se forjaron lazos entre trabajadores patagónicos anarquistas a ambos lados de la porosa frontera chileno-argentina, y las acciones de solidaridad proliferaron. Las clases propietarias vieron el potencial de

que tal agitación metamorfosease en formas terribles. El capital británico, en particular, solicitó y obtuvo el apoyo de Yrigoyen. Los elementos progresistas en el poder judicial de Santa Cruz habían iniciado una serie de acciones legales contra algunos terratenientes británicos y en apoyo de los trabajadores rurales, razón por la cual Yrigoyen intervino para desplazar al poder judicial local. Con todo, estas divisiones entre los diferentes elementos del aparato del Estado no hicieron sino alentar al movimiento obrero aún más.

Fue en este ambiente inestable en el que Antonio Soto entró por sorpresa en escena. Nacido en la provincia española de La Coruña en 1897, Soto llegó a Buenos Aires trece años más tarde como huérfano, junto a su hermano Francisco. Siendo aún adolescente, mientras soportaba la pobreza extrema en la capital, Soto se sintió atraído por las ideas anarcosindicalistas. En 1919, a la edad de 22 años, se embarcó en una gira con una compañía de teatro a través de los puertos argentinos de la Patagonia, para luego cruzar la frontera y visitar las ciudades chilenas de Punta Arenas, Puerto Natales y Puerto Montt. Durante el año siguiente continuaría atravesando las fronteras en zigzag. En enero de 1920 se desató una rebelión popular en la ciudad argentina de Trelew, en la provincia de Chubut. Se trataba de una huelga política tumultuosa contra los abusos del gobernador, la policía y los grandes comerciantes de la ciudad. Espontáneamente, Soto pronunció apasionantes discursos políticos ante las multitudes de trabajadores, instándolos a radicalizar sus acciones. Un abogado de izquierdas, profesor, teólogo y luego cronista de las revueltas de la Patagonia, José María Borrero, fue testigo de la oratoria de Soto, quedó impresionado por lo que vio y lo invitó a quedarse y unirse al movimiento obrero. El futuro líder de la ola de huelgas rurales se convirtió en estibador en el puerto y en unos meses fue elegido secretario general de la Sociedad de Trabajadores de Río Gallegos.

El primer enfrentamiento armado entre los trabajadores y la policía comenzó a principios de enero de 1921 y dejó cuatro policías y un huelguista muertos. La propagación de los disturbios llevó a Yrigoyen a enviar al Décimo Regimiento de Caballería del coronel Héctor Benigno Varela para sofocar las huelgas, así como a la Armada argentina para sellar los puertos. Bajo la dirección del gobernador recién instalado en Santa Cruz, Ángel Ignacio Yza (un leal a Yrigoyen), parecía haberse alcanzado una calma temporal de las protestas y en mayo de 1921 los propietarios acordaron una serie de concesiones a los trabajadores rurales, mientras las tropas de Varela se replegaron de nuevo a Buenos Aires. Sin embargo, en octubre de 1921 una nueva serie de huelgas estalló en Puerto Deseado, Santa Cruz, San Julián y Río Gallegos, después de que los terratenientes incumplieran los compromisos acordados. La represión paramilitar por parte de la Liga Patriótica produjo más muertos y heridos entre los trabajadores en huelga, pero a pesar de ello la revuelta siguió muy viva. De nuevo Yrigoyen envió la caballería en noviembre de 1921, y a principios de 1922 el encarcelamiento, la tortura y la ejecución de los militantes se había reanudado a una escala mucho más feroz.

A la sombra del terror, la iniciativa pasó de los huelguistas al ejército. Cientos de militantes fueron capturados y ejecutados ante el pelotón de fusilamiento. Las restantes legiones armadas de trabajadores se mantuvieron firmes con valentía, pero se vieron desbordadas por la potencia de fuego de los militares argentinos. La ola de huelgas llegó a su fin y enseguida dio paso a la reescritura de este capítulo de la historia en términos de gloriosa derrota de una insurrección roja dirigida desde el extranjero. Los cuatro volúmenes de *Los vengadores*, además de una posterior versión abreviada en un tomo único y un film popular del mismo título –*La Patagonia rebelde*–, ayudaron a grabar en la memoria colectiva argentina una insurrección popular y una masacre de Estado por largo tiempo olvidadas o en el mejor de los casos incomprendidas. La *Semana Trágica* y la rebelión en la Patagonia fueron derrotas que marcaron el comienzo de un prolongado período de desorientación en las tradiciones revolucionarias de Argentina, periodo que preparó el terreno para el ascenso gradual de Perón a la hegemonía dentro del movimiento obrero a mediados de la década de 1940.

A lo largo de su dilatada vida, Bayer tiene ahora casi noventa años, se ha mantenido constante en sus lealtades: desde sus primeras simpatías por la causa republicana durante la Guerra Civil española, desde sus días de estudiante en Alemania a su periodismo militante y su crónica histórica hasta el golpe de 1976, su posterior activismo en favor de los derechos humanos desde el exilio y la actividad desplegada tras su regreso definitivo a Argentina en 1983. Durante las décadas de 1980 y 1990 produjo un flujo constante de columnas para *Página/12*, trabajó estrechamente junto a las Madres de Plaza de Mayo y ocupó un puesto como profesor de Derechos Humanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Hoy en día la continuidad de su teoría y su práctica se manifiesta de forma contundente en la proximidad que existe entre sus primeras simpatías por los anarquistas caídos de la Patagonia y su reciente compromiso con la lucha del pueblo mapuche, en tanto que miembro fundador de la organización social Awka Liwen, o Rebelde Amanecer, nombre que tomó prestado de un niño mapuche cuya madre Bayer había entrevistado en la provincia de Neuquén a finales de la década de 1950. Excavar en el pasado con el fin de sentar bases más sólidas para la emancipación en el presente sigue siendo el hilo conductor de su trabajo. Así, uno de los objetivos de Awka Liwen es el venerado estadista del siglo XIX Julio Argentino Roca, general del ejército y dos veces presidente de Argentina. Los activistas de Awka Liwen están trabajando para desenmascarar al autor del genocidio indígena que se esconde tras la hagiografía oficial de Roca. Su efigie aparece en los billetes (de cien pesos), así como en estatuas de bronce a lo largo de la frontera sur del país, pues la figura de Roca ha venido encarnando el sometimiento de la salvaje Patagonia y el nacimiento de la nación moderna. Pero Roca, concluye Bayer, «va a acabar condenado en los sótanos de la Historia, para dejar sitio a una nueva historia: la de Rebelde Amanecer».